

**Encuentro Continental de Pastoral Mariana
y Congreso Teológico-Pastoral Mariano**
México, D.F. – 27 de septiembre – 1º de octubre de 2006

**ORIENTACIONES PASTORALES PARA ILUMINAR E IMPULSAR LA
PASTORAL MARIANA**

P. Francesco Petrillo OMD

I. COMENZAR DESDE CRISTO

I. 1. El cristianismo como acontecimiento y encuentro que origina discípulos.

En la Exhortación Apostólica “*Ecclesia in America*”, el Papa Juan Pablo II nos señaló que “*el encuentro con Jesucristo vivo es el punto de partida de toda acción pastoral*”¹. La centralidad de la persona de Jesucristo resucitado, presente en la vida de la Iglesia, que invita a la conversión, a la comunión y a la solidaridad, es el gran don para la humanidad, la fuente y la cumbre de la vida de la Iglesia y el fundamento del discipulado y de la misión.

A partir de ese núcleo irrenunciable el documento de participación a la V Conferencia del Episcopado latinoamericano y del Caribe² ha reconocido, justamente, que no se puede hablar de Nueva Evangelización sin preguntarse acerca del sujeto que la llevará a cabo. De allí la invitación a reflexionar sobre la profundidad de nuestro encuentro con Jesucristo vivo y para interrogarnos en nuestras comunidades sobre la transformación de nuestra vida que el Espíritu del Señor ha obrado en nosotros, sobre la coherencia de nuestra identidad católica y la autenticidad de nuestra vida cristiana, y sobre la intensidad de nuestro ardor misionero.³

A esto se puede añadir la estupenda síntesis que el Papa Benedicto XVI ha colocado como inicio y fin de toda acción pastoral escribiendo en su Encíclica “*Deus caritas est*” que: “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello una orientación decisiva”.⁴ Cabe destacar que es la primera vez que en una Encíclica la

¹ JUAN PABLO IIº, Exhortación apostólica postsinodal, *Ecclesia in America*, n.7

² CELAM, *Hacia la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe. Documento de participación*, Bogotá 2005, n 39.

³ *Ib.*, n. 43.

⁴ BENEDICTO XVI, Encíclica *Deus caritas est*, n. 1.

categoría de “acontecimiento” ha sido empleada para describir la naturaleza del cristianismo y, por lo tanto, el origen de la fe.

Encuentro y acontecimiento se vuelven las categorías centrales de la novedad cristiana y de la pretensión de “plenitud de los tiempos” (Cf Gal 4,4) que fija en la historia el punto exhaustivo de todo y la síntesis del significado de todo lo que existe. Encuentro con un acontecimiento significa la experiencia que origina el sujeto llamado a responder a los grandes desafíos de nuestro tiempo y cuya identidad y formación es el objetivo más original de la V Conferencia. Este sujeto es concretamente el discípulo, término de gran riqueza bíblica que nos abre el camino evangélico y eclesial que identifica el hombre nuevo que nace del encuentro con Jesucristo vivo⁵.

Me parece por lo tanto oportuno, antes de ofrecer algunas orientaciones pastorales que iluminen e impulsen la pastoral mariana de nuestros pueblos, profundizar brevemente sobre estas categorías centrales del cristianismo que están en la base del sujeto nuevo que nace del encuentro vivo con el acontecimiento de Jesucristo y con el cual la pastoral mariana debe concordar para contribuir a formar discípulos y misioneros suyos, cuya vocación sea la de configurarse con Él, construir la comunión y evangelizar teniendo en cuenta algunos rasgos dominantes en nuestra cultura.

Quisiera a este punto citar al poeta inglés Thomas S. Eliot que escribía en 1934 lo siguiente: “ha habido un momento predeterminado, un momento del tiempo y en el tiempo...Pero el tiempo fue creado por medio de aquel momento: porque no hay tiempo si no hay sentido, y fue aquel momento el que dio sentido a todo”.⁶ Es difícil traducir con más concisión lo que significa la expresión bíblica “plenitud de los tiempos” (Gal 4,4), y expresar con más rigor en qué consiste el cristianismo. “Si no hay un sentido no hay tiempo”. Esa es la experiencia cotidiana del hombre contemporáneo. El tiempo, la vida, están vacíos, porque no tienen dirección alguna, excepto los falsos dioses que – continúa Eliot - devoran al hombre, “la usura, la lujuria y el poder”.

El cristianismo, en cambio, consiste en la certeza de que ha habido un momento “en el tiempo”, que ha dado sentido a todo. Ese momento del tiempo es el acontecimiento de Cristo. El es “el Verbo de la Vida”, que han visto nuestros ojos y han tocado nuestras manos” (Cf 1 Jn 1, 1-3), en El “habita corporalmente la plenitud de la divinidad” (Col 2,9). En el Hijo de Dios, la historia entera ha sido redimida, porque El se nos ha mostrado como la misericordia infinita que está en el origen de todo y que es la meta de todo. “Todo ha sido creado por El y para El” (Col 1,16). El ha inaugurado, a través “de su propia carne” un “camino nuevo y vivo” de los hombres hacia su destino (Cf Heb 10,20). Y así, en medio del dolor del mundo y del pecado, se ilumina “la esperanza a la que hemos sido llamados” (Ef 1,18), y se hacen posible la alegría y la libertad.

Aquí está condensado todo el escándalo del cristianismo para la lógica de la razón autosuficiente o la “metafísica de la suficiencia”⁷, es decir, la afirmación de que el hombre

⁵ Cf CELAM, *Documento de participación*, n 44.

⁶ THOMAS S. ELIOT, *Coros de la “Roca” VII*, Cf T.S. Eliot, *Poesías reunidas 1909-1962*, p. 181 s.

⁷ La expresión es de H. DE LUBAC, cf *Spirito e libertà*, Milano, 1979, pp. 37-40.

se basta a sí mismo para realizar su destino. El hombre niega, si no teóricamente, sí en la vida real, su carácter de criatura, se erige en único dueño y señor de su vida. Ya no espera de Dios su plenitud, ya no entiende lo que significa la gracia, ni cree en el milagro. Su ídolo es Prometeo. Partiendo de la razón como medida de todas las cosas, poco a poco viene a entender la moralidad como una “explotación” de sus cualidades naturales en función del éxito, y la libertad como una ausencia de vínculos con la misma realidad. El hombre-Prometeo no puede admitir que en Cristo “se ha manifestado” definitivamente “la gracia salvadora de Dios a todos los hombres” (Tit 2,11). Para el pensamiento moderno esto no puede ser un hecho, y por tanto, Jesús no puede ser, en el mejor de los casos, sino un hombre religioso excepcional. Un modelo ético que, si ha de tener algún valor para el hombre de hoy, habrá naturalmente que adaptar a las “exigencias” de nuestro tiempo. A su vez, el Credo de la Iglesia sólo puede ser admitido reinterpretándolo, como hacían los idealistas, en el sentido de una proyección de la autoconciencia del hombre divinizado”.⁸ De este modo, el cristianismo, cuando no es rechazado de plano, es transformado en una utopía más, sea ética, religiosa o filosófica.⁹ Así disuelto en la cultura dominante, vaciado de su substancia histórica, el cristianismo está condenado a seguir el mismo camino de las demás utopías modernas, y a desaparecer con ellas. Es preciso tener en cuenta este dato cuando se trata de comprender el momento actual de la Iglesia en relación al mundo, porque algunos esfuerzos pastorales de los últimos tiempos han consistido en tratar de adaptar la vida de la Iglesia a esta comprensión “moderna” de la fe cristiana.

También es necesario tener en cuenta la otra cara de la moneda. Si por un lado aparece Prometeo, por el otro es claramente identificable Polifemo¹⁰. Los hombres y mujeres de la pos-modernidad que anhelan volverse dios, se han enceguecido con sus propias manos y ahora, carecientes de referencias, vagan por el mundo gritando su nombre: Ninguno.

Se respira un aire dominado por el nihilismo cuya característica primaria es la inconsistencia de la existencia humana, el rechazo por un mundo verdadero y una verdad firme. Única tarea es la de-creación de sí mismos y del cosmos.¹¹ La interpretación nihilista considera al hombre un individuo sin cualidad y sin finalidad, replegado sobre sí mismo, cuya existencia radicalmente inconsistente e irracional, sería una carrera hacia la nada absoluta. El anuncio cristiano sería una propuesta imposible para este hombre sin identidad y sin meta.

⁸ Sobre las sucesivas imágenes de Jesús en el pensamiento filosófico moderno, que se reducen básicamente a la reducción ética y a la reinterpretación idealista, con infinidad de variantes, Cf. M. BORGHESI, *La figura de Cristo in Hegel*, Roma, 1983; X. TILLIETTE, *La christologie idéaliste*, Paris, 1986; *Le Christ de la Philosophie*, Paris, 1989; *Filosofi davanti a Cristo*, Brescia, 1989.

⁹ Nótese que en estas “versiones” del cristianismo (o de aquello que se sigue llamando así) no hay lugar para el pecado original, ni quizás propiamente hablando para el pecado sin más. Tampoco hay escatología. En realidad se censura el drama de la persona humana, y en consecuencia, se silencia todo lo que en el cristianismo hace referencia a la redención. No hay “un momento, en el tiempo”, que haya dado sentido al tiempo. Lo definitivo no ha sucedido, sino que se proyecta en el futuro (y será obra del hombre). De ahí se sigue, como consecuencia inevitable, un relativizar las necesidades que el hombre tiene de Cristo.

¹⁰ Cf A. ALESSI, *Sui sentieri della verità*, LAS, Roma, 2001

¹¹ Cf P. GILBERT, *Nihilisme et christianisme chez quelques philosophes italiens contemporains: E. Severino, S. Natoli et G. Vattimo*, en *Nouvelle revue théologique* 121 (1999) 2, 3-128. El nihilismo se aplica también al fenómeno cristiano con la tesis común a los citados filósofos: “el cristianismo es imposible” o ello morirá porque su fin está decretado, en cuanto es incapaz de dar sentido a la existencia humana o es suplantado por la técnica y la secularización” (S. Natoli).

En fin la revolución biotecnológica lleva consigo una dimensión siempre más destructiva: “a la idea fuerte de la naturaleza humana, considerada inmutable porque creada por Dios, se ha sustituido...la idea débil de una naturaleza considerada manipulable, porque reducida por la biotecnología. La consecuencia terrible de esta transformación es que todo lo que está “hecho” puede también ser “des-hecho”.¹² La ciencia a la cual hoy se atribuye la tarea de resolver cada problema humano, borrando toda referencia religiosa, utiliza un concepto reducido de vida, que consistiría en la pura y simple vida biológica, sin otro significado y valor que supere la simple funcionalidad de los órganos humanos.

Y, sin embargo, el cristianismo no es una utopía o un refugio en el “yo mínimo”¹³ sometido a las coacciones o miedos del pasado y del futuro.

I. 2. El acontecimiento cristiano perdura en la comunidad de los discípulos.

La verdad del cristianismo la han experimentado, verificado y testimoniado libremente innumerables discípulos de Jesucristo y sus frutos de humanidad son patentes a quien mira la historia con ojos limpios, y no desde los postulados de la ideología. Esos frutos son especialmente visibles en los santos, pero también en una “multitud innumerable, que nadie podía contar”, y que han lavado sus vestiduras en la sangre del Cordero” (Ap 7,9). Son precisamente los frutos que el cristianismo produce en la vida de las personas y de los pueblos lo que muestra, mejor que nada, su radical diferencia frente a las utopías modernas y sus vacíos de sentido. El criterio es evangélico: “Por su fruto se conoce el árbol” (Mt 12,33). El cristianismo es un acontecimiento, una historia, que ha introducido en el tiempo la novedad y el sentido definitivos. Y esta historia comenzó con el anuncio que Dios hizo a una mujer, y que esa mujer acogió en una total donación de sí.

El acontecimiento del Redentor, del Verbo encarnado acompaña y permanece en la historia a través de la comunidad de sus discípulos, a través de la unidad de los que lo siguen. Cristo continúa en la historia hasta los límites de la tierra, hasta alcanzar a todos los pueblos y a todas las naciones, a través del sacramento de la Iglesia. Con la Pascua, Jesús, Señor glorificado, dona el “Espíritu de adopción” (Rom 8,5) y crea su cuerpo, el “cuerpo de Cristo” (*Lumen Gentium*, 7) y el “nuevo pueblo de Dios” (*Lumen Gentium*, 9). La humanidad del Señor, sacramento de la misericordia del Padre, continúa a través de la humanidad de los discípulos que lo siguen. La proximidad y la visibilidad de Dios continúa en la realidad visible de la Iglesia nacida del Espíritu en Pascua y Pentecostés. “El Sacramento de la Iglesia” hace realmente presente y ofrece al mundo la humanidad glorificada de Jesús que ha vencido los límites del tiempo y del espacio. Esta “Gloria” del Señor, que puede ser realmente encontrada en la historia y en la comunidad de los discípulos, es el fundamento de la misión de la Iglesia a través del anuncio de la fe y de la práctica del bautismo. Pero desde los primeros siglos, contra esta admirable humanidad del

¹² I.SANNA, *L'identità aperta*, Queriniana, Brescia 2006, p. 12-13.

¹³ “Los hombres viven al día; raramente miran al pasado porque temen ser sobrepasados por una debilitadora ‘nostalgia’, y si dirigen la mirada hacia el futuro es sólo para entender cómo escapar de los eventos desastrosos que ahora casi todos esperan”. Cf. C. LASCH, *L'io minimo*, Milano 1996, 7.

cristianismo se ha levantado la revuelta de algunos intelectuales que se presumían “iluminados”. La “carne” de Cristo, como la humanidad de la Iglesia, no pueden ser instrumento de salvación; lo que salva es el conocimiento que hace posible la liberación de las impurezas de la materia y del cuerpo. La exaltación del conocimiento y del esfuerzo del hombre se encuentra en las herejías gnósticas del II siglo, así como en gran parte de la cultura contemporánea que absolutiza la razón como supremo tribunal de la realidad y medida de todo.

Volviendo a la identificación del sujeto, hacia el cual la V Conferencia quiere llegar en profundidad para construir la comunión, evangelizar y responder a los desafíos de este tercer milenio para los pueblos latinoamericanos y del Caribe, hay que afirmar que esta pasa por la construcción de una unidad real de discípulos que se manifiesten públicamente delante de todos como signo del milagro de Dios. La primera obra que nace del sacramento es la existencia de la comunidad cristiana, es la formación de los discípulos y misioneros cuya vocación es configurarse con Cristo.

Nada sería tan destructivo de la naturaleza de la Iglesia como su reducción a organización socio-política que se propone resolver los problemas del mundo o puro púlpito de normas morales que nadie está dispuesto a escuchar. La “nueva evangelización” se halla enfrentando el desafío más grande que el mundo moderno puede hacer a la Iglesia: el intento de derribar su naturaleza de “acontecimiento”, reduciéndola a discurso legal. La nueva evangelización está, por lo tanto, ligada al anuncio de un hecho nuevo ya definitivamente ofrecido a los hombres.

Partir de un hecho o partir de una preocupación moral implica un método pastoral totalmente distinto. Y, por ello, también una pastoral mariana totalmente distinta.

La V Conferencia está ante este desafío y puede ser la ocasión para ofrecer a la Iglesia de América latina y del Caribe, una conciencia renovada del sujeto evangelizador (el discípulo) y de su tarea en la vida real de los hombres de hoy.

I. 3. María en el corazón del acontecimiento cristiano.

En este desafío, ella dirige su mirada a la Virgen María, la que testimonia el nexo entre el Misterio y la carne, para que le muestre la auténtica identidad de discípulo, le enseñe la manera justa de comunicar a Cristo y de crear relaciones y situaciones transformadas por su presencia, para que nuestros pueblos en Él tengan vida. La Virgen es reconocida como espacio auténtico de encuentro con Cristo; más aún como protagonista del nacimiento de la Iglesia en el mundo y en nuestro continente :

“¿Cómo no poner de relieve el papel que la Virgen tiene respecto a la Iglesia peregrina en América, en el camino del encuentro con el Señor? En efecto, la santísima Virgen, “de

manera especial, está ligada al nacimiento de la Iglesia en la historia de (...)los pueblos de América, que por María llegaron al encuentro con el Señor”¹⁴.

Ella misma es “un acontecimiento, al cual todos los acontecimientos se refieren y hacen grumo en su corazón. Es un hecho, una piedra, un macizo que indica la vía. A nosotros ha sido concedido de conocer su nombre, el nombre de aquella que testimonia el nexo entre el Misterio y la carne”. (Giussani L.)

Su presencia fue y será siempre la suprema garantía que el cristianismo conserva su carácter de historicidad. De hecho en el corazón mismo de este acontecimiento que salva nuestras vidas está la mujer, María, la madre de Cristo. Dios ha sido fiel al don de la libertad que hizo al hombre en la creación, y no ha querido redimirlo sin la cooperación de la libertad humana.

María representa en cierto modo todos los hombres cuando da su sí a la Encarnación, y cuando ratifica ese sí a lo largo de toda su vida, hasta la cruz y hasta el nacimiento de la Iglesia. La libertad que consiente al designio de Dios que se entrega al hombre, que el Hijo de Dios pueda asumir la “carne y la sangre” de María come su propia carne. Y aquello que sucedió una vez, de modo único, y sólo porque aquella vez sucedió, es desde entonces modelo y paradigma del encuentro salvador entre Dios y el hombre.

La relación que existe entre María y Cristo, y entre María y la Iglesia, legitima la posibilidad misma de una específica pastoral mariana y aclara en qué sentido podamos hablar de un “método mariano” o de un “perfil mariano” que sean formativos de auténticos discípulos de Cristo y de la urgencia de desarrollarlo en todos los sujetos de la comunidad eclesial comprometiéndoles en la misión. La renovación de la piedad y de la enseñanza sobre María, promovida por el Concilio, continuada por Pablo VI y Juan Pablo II, ha consistido sobre todo en el esfuerzo por centrar la consideración católica de la figura de María – en la predicación, lo mismo que en el culto y en la piedad – en la misión del todo singular que Dios le ha asignado y ella ha asumido en el drama de la redención. Tanto en el Concilio como el Magisterio posterior, esto se ha llevado a cabo retomando la perspectiva de la tradición bíblica y patrística, en la cual la figura de María es contemplada siempre en relación con el Misterio de Cristo, por un lado, y con el misterio de la Iglesia, por otro. Es decir, en primer lugar, se ve en María la madre del Redentor. De ella el Hijo ha recibido su humanidad, y por su cooperación ha querido El “participar en la sangre y la carne”, y así “aniquilar al señor de la muerte”, y “libertar a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud” (Heb 3,14-15). En segundo lugar, la figura de María es contemplada como “tipo” y figura de la Iglesia, a la vez que su plena realización anticipada, “ejemplar”. Por último, María es vista como nueva Eva, surgida del costado de Cristo, y “madre de todos los que viven en Cristo”.

Cristo es el evangelio mismo, y el contenido esencial del anuncio cristiano¹⁵. Y Cristo nos ha sido dado por María, como nos es ofrecido y entregado hoy por la Iglesia. No es necesario repetir hoy que la evangelización es “la dicha de la Iglesia, su identidad más

¹⁴ JUAN PABLO IIº, *Ecclesia in America*, n.11.

¹⁵ Cf. PABLO VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 27; JUAN PABLO II, *Redemptoris Missio*, n. 44.

profunda”.¹⁶ Pero sí puede ser necesario recordar que la evangelización consiste en generar nuevos “hijos en el Hijo” y en este sentido, en dar a luz a Cristo corazón del mundo. No es posible, por tanto, ahondar en lo que evangelizar significa para la Iglesia, sin encontrarse, en el centro mismo de esa meditación, con la figura de la mujer que, como esposa, como madre y como discípula, ha visto realizarse en sí plenamente el designio de Dio sobre el linaje humano. Y a la vez, no es posible poner los ojos en el destino singular de Maria, tal y como lo narra el Nuevo Testamento y lo comprenden los Padres, sin ver reflejado en ella, como en un espejo, el misterio de nuestra vocación en Cristo, la gracia y la luz con que el don de Cristo trasforma nuestra propia humanidad.

Hoy, sin embargo, estamos más concientes de la verdadera naturaleza de la crisis. No es suficiente hablar de nueva Evangelización sin preguntarse por el sujeto que debe llevarla a cabo. Es necesario hallar una comunidad de discípulos donde la experiencia del encuentro y del acontecimiento sea siempre posible y verificable. No se trata de emprender una estrategia comunicacional, y tampoco de entregar mayor información o formación. El punto de partida debe ser el de despertar el interés por Jesucristo y por su Evangelio. En esta misión Maria nos socorre exactamente como hace dos mil años, al comienzo de todo, o como fue en nuestro continente con el evento guadalupano. La Virgen, en la historia de la humanidad es el manantial más inmediato (“*fontana vivace*”, diría Dante Alighieri), más vigoroso y más vibrante de la presencia de Cristo y de la formación de discípulos y misioneros suyos.

¹⁶ Pablo VI, *Evangelii nuntiandi*, n. 14.

II. EN LA SENDA DE JOSÉ DE NAZARET DISCÍPULO Y MISIONERO.

A la luz de estas resumidas consideraciones fundamentales de la esencia del cristianismo y del lugar de Maria en el acontecimiento cristiano, podemos ahora avanzar en la identificación de algunas orientaciones pastorales marianas. Me inspiraré para este itinerario en el camino de fe de San José así como es relatado en el evangelio de Mateo 1,18-25¹⁷. Allí el protagonismo de José de Nazaret se revela como dinámica de un auténtico discípulo que está llamado a una vocación-misión que tiene como centro el misterio de la encarnación salvífica de la cual Maria es parte integral.

La revelación del Ángel introduce a José en el misterio de la maternidad de Maria y origina en él una auténtica peregrinación de la fe y un actuar misionero que son orientaciones inspiradoras permanentes para toda la comunidad de los discípulos. En cierto sentido se puede hablar de José de Nazaret como del primer discípulo que en su itinerario de fe y respuesta personal al designio de Dios, recorre una “via mariana”. Con él, en rigor de lógica, empieza la pastoral mariana, entendida no como estrategia comunicacional, hacer devocional o vacío pragmatismo, sino de una adhesión profunda y personal a Cristo, a tal punto de ser capaz de invertir todo lo suyo en Cristo y, *con* Maria y *como* Maria, volverse protagonista de una historia de vida y de esperanza para toda la humanidad. Existe una profunda analogía entre la colaboración de Maria a la salvación y la colaboración de José de Nazaret, siempre como figura de la misión y colaboración de todo discípulo que me parece oportuno recuperar como modelo “humilde y maduro” para nuestra pastoral mariana.

El comentario que Juan Pablo II hizo de Mt 1,18-25 en la encíclica *Redemptoris Custos* (15 de agosto de 1989), se articula en armonía con la nueva visión pos-conciliar de interpretar la figura de Maria, y por lo tanto también la de José, en una línea antropológica, espiritual y eclesial. El leit-motiv sea de la encíclica *Redemptoris Mater* como de la *Redemptoris Custos*, es la “peregrinación de la fe” que exige un camino de obediencia a Dios que se revela”.

El trozo evangélico de Mt 1,18-25, que en el pasado los Padres leían en otros contextos y con otras conclusiones¹⁸ puede ser hoy vuelto a leer en un contexto nuevo y con una nueva impostación, o sea como paradigma de todo discípulo que se encuentra ante el misterio de la Virgen-Madre, es introducido en su comprensión y está llamado a actuar en manera consecuente.

Estoy firmemente convencido que José de Nazaret puede ayudarnos a descender con profundidad en la identificación del sujeto que, después del encuentro con el Señor y en la particular vocación mariana que lo distinguió, responda al llamado que la Iglesia en America Latina y el Caribe se propone en vista de su V Conferencia .

¹⁷ Para una actualización de los problemas literarios y semánticos y una interpretación exegética atenta a las investigaciones más recientes de Mt 1,18-25, Cf T. STRAMARE, *El anuncio a José en Mt 1,18-25: análisis literario y significado teológico*, en *Estudios Josephinos* 45 (1991) 55-76.

¹⁸ Cf E.M.TONIOLO, *Mt 1,18-25: Testimonianze patristiche*, en *Teotókos* III (1995/1) 39-87.

II. 1. FUE ENCONTRADA ENCINTA: Mt 1,18c

EL DISCÍPULO ANTE EL "MISTERIO" DE LA VIRGEN MADRE:

Orientación pastoral del encuentro y de la pregunta

El itinerario de fe de José como discípulo, originado por un encuentro, un acontecimiento, es paradigmático de lo que experimenta todo creyente. “*Considero – ha escrito el Papa Juan Pablo IIº – que el volver a reflexionar sobre la participación del esposo de Maria en el misterio divino consentirá a la Iglesia, en camino hacia el futuro junto con toda la humanidad, encontrar continuamente su identidad en el ámbito del designio redentor, que tiene su fundamento en el misterio de la Encarnación*”.¹⁹

Este itinerario nace de un encuentro y de una constatación: la del embarazo de la Virgen. Escribe aún el Papa:

“Él no sabía como actuar frente a la “sorprendente” maternidad de Maria. Por cierto buscaba una respuesta a la inquietante pregunta, pero, sobre todo, buscaba una salida a aquella situación tan difícil para él”.²⁰

En primer lugar cabe recordar que el verbo Εύρίσκω, sobre todo en forma pasiva, en el significado neotestamentario más común, indica no una “constatación” fenomenológica, de cualquier hecho, sino el término de un proceso de búsqueda, de heurística: o sea el paso desde la constatación del fenómeno a la búsqueda de su íntimo significado y de las causas que lo han producido. No se trata, evidentemente sólo de ver a Maria embarazada, sino de “encontrarla” como espacio humano habitado por la presencia de Otro. Escribe H. Preisker: “εύρίσκειν significa descubrir un estado de cosa numinosa (o sea perteneciente a la esfera de la santidad, dotado de potencia y de bondad y, por eso mismo, término de respeto y de amor): Mt 1,18...Así como palpita en εύρίσκειν toda la manifestación de la gracia, con la misma intensidad vibra en ello la responsabilidad... y la seriedad del juicio”.²¹

Se trata del proceso interior y fatigoso de búsqueda de parte de José, como de todo discípulo y de todo ser humano de encontrar y conocer auténticamente a Maria y así, por medio de ella, entrar en contacto con el misterio. La búsqueda de José contiene el más alto e impensable interrogativo que pueda ser propuesto a una criatura en búsqueda: la acción de Dios en persona, en un acontecimiento humano²². Es el mismo sentimiento que prueba todo hombre cuando se encuentra ante Maria como persona inefable y densa de misterio y no sabe como actuar.

Tanto para los adultos,²³ como para los jóvenes,²⁴ hoy se ha vuelto más difícil encontrar y conocer de verdad a Maria. No obstante la fuerte capacidad convocatoria que la Virgen ejerce en nuestro continente, sobre todo desde sus santuarios y la piedad popular, como

¹⁹ JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica “*Redemptoris Custos*”, (15.08.1988), n. 1

²⁰ *Ib.*, n. 3.

²¹ H. PREISKER, *eurisko*, en *Grande Lessico del Nuovo Testamento*, III, Paideia, Brescia, 1967, 1192-1194.

²² E.M. TONIOLO, *Mt 1,18-25: Testimonianze Patristiche*, 62.

²³ Cf L. OLGATI, *L'area di incontro con Maria*, en AA.VV., *Come presentare oggi Maria agli adulti*, Roma 1982, p. 19s.

²⁴ Cf S. De FIORES, *Il volto di Maria presentato ai giovani*, en AA.VV., *Come annunciare ai giovani Maria*, Roma 1986, p. 141-149

también la certera y paradigmática presencia de María al interior de algunas agregaciones juveniles católicas y en los principales movimientos laicales modernos²⁵, ella queda como la gran desconocida, no tanto de nombre cuanto de hecho. Hoy, después de dos siglos de censura sobre lo humano por parte del laicismo moderno, que ha organizado los Estados nacionales y la educación oficial desde la mitad del siglo XIX también en América latina, el sustrado histórico-cultural católico y la apremiante religiosidad popular no son evidentes centros creadores de personalidad y de historia.²⁶ Los medios de comunicación social difunden una imagen del hombre y de la mujer, manipulada ideológica y políticamente, y caracterizada por el agnosticismo, la indiferencia y hasta un subdesarrollo religioso. Además, al interior de la misma devoción popular mariana pueden darse fenómenos capaces de contaminar gravemente la relación de los fieles con la madre del Salvador, como podrían ser el sincretismo religioso²⁷, el fatalismo, la ignorancia, la magia, el ritualismo y la superstición.

Sin embargo surge aquí la pregunta: ¿de qué tipo de encuentro se trata? ¿qué reacciones genera?, ¿cuales caminos para realizarlos?

María debe ser encontrada y conocida, antes que nada, como una persona, que, en cuanto tal, lleva en sí un secreto, un centro íntimo, un yo profundo que no se puede captar sin un verdadero encuentro personal. "Comprendemos que en el caso de María no se trata de un conocimiento reducido a una información o a un estudio sistemático abstracto, sino de conocimiento en el sentido de re-conocer, entrar en contacto. Se conoce María cuando se entra en el secreto de su persona, en su espiritualidad, en su libertad que opta por Dios: en una palabra cuando se conoce su "corazón" en el sentido bíblico".²⁸ Nosotros debemos conocerla mejor a partir del hecho que María es, antes que nada, un ser humano, es una mujer y en, cuanto tal desvela al hombre el misterio profundo de su ser humano. Se trata de la consideración autónoma y positiva del hecho mismo de ser mujer y de la originalidad de lo femenino representado por María en el ámbito de la historia de la salvación. Se trata, después, en segundo lugar, de la particular transparencia y presencia del rostro mismo de Dios en María en cuanto mujer.²⁹

En segundo lugar María es encontrada y conocida como un "ser paradójico", difícil a comprender. Como no recordar aquí la estupenda síntesis de todas las paradojas marianas cantada por el poeta Dante Alighieri:

"Virgen y madre, hija de tu Hijo;

²⁵ Cf A. FAVALE, *Connotazione mariana nei principali movimenti laicali moderni*, en *Atti del 9 Simposio Internazionale Mariologico*, (Roma 3-6 novembre 1992), Ed. Marianum, Roma, 1994, pp.

²⁶ En los últimos 10 años el número de católicos en muchos Países del Continente ha bajado fuertemente. En algunos Países hasta de un 10%. Esto no había sucedido nunca en nuestra historia. La increencia ha crecido sobre todo entre los jóvenes. Innumerables bautizados no participan más en la vida de las comunidades eclesiales, no celebran más el día del Señor. Cf Documento de participación, nn. 155-158.

²⁷ M.M. MARZAL, *El sincretismo iberoamericano. Un estudio comparativo sobre los Quechuas (Cuzco), los Mayas (Chiapas) y los Africanos (Bahía)*, Universidad Católica del Perú, 1985.

²⁸ S. DE FIORES, *Le vie della conoscenza di Maria. Panoramica generale*, en AA.VV., *Come conoscere Maria*, Centro di Cultura Mariana, Roma, 1984, p. 8.

²⁹ *Ib.*, Cf A. AMATO, *La Via "Antropológica" e "inculturata" di Puebla*, pp. 28-40

humilde y elevada más que cualquier criatura,
término fijo de eterno consejo.

Tu eres aquella que ennobleció hasta tal punto la criatura,
que tu hacedor no desdeñó
en ti hacerse tu hechura”³⁰.

En ella está presente la maternidad y la virginidad, la dimensión histórica y aquella metahistórica, la personal y la universal, lo frágil y lo inmenso, el instante y lo eterno, el Creador y la criatura.

Maria, podemos decir que pertenece al género de lo paradójico cuyo rol consiste en provocar un choque que invita a la profundización,³¹ superando una primera impresión de irracionalidad o de realidad fuera de la lógica ordinaria.³²

En fin, Maria es la “Madre del misterio”, en cuanto “indisolublemente unida con la obra salvífica de su Hijo” (*Sacrosanctum Concilium* n. 103) y de su misterio (Ef 3,4; Col 1,27; 2,2; 4,3). Ella está introducida providencialmente en el designio de Dios y ha cooperado en manera singular a la obra del Salvador, es parte integral del designio divino en la historia de la salvación en el que consiste el misterio de la sabiduría de Dios. (Cf *Lumen Gentium* 61)

“Decir que la ‘morada’ de Maria es en el misterio significa decir que el extraordinario designio de Dios sobre Maria tiene su origen al interior de aquel diálogo de amor intratrinitario que ha decidido acerca de la creación y de la redención. Los orígenes de Maria se encuentran en el eterno designio de salvación de Dios”³³

La pastoral mariana – o sea la continua maduración de fe en la comprensión y en la experiencia de Maria en el Misterio de Cristo y de la Iglesia - debe necesariamente partir de este primer momento: el del encuentro y de la pregunta para poder, sucesivamente alcanzar el de la experiencia y de la vivencia mariana. Pastoralmente hablando es necesario “hallar” como lo hizo José, la presencia del Misterio en Maria, hallarla como ícono mismo del Misterio.³⁴

Al igual que en José es necesario ayudar a los hombres de nuestro continente a entrar en “la inquietante pregunta”, como definió Juan Pablo II el proceso vivido por el esposo de Maria: ¿Quién es Maria? ¿Qué ha sucedido en Maria? ¿Qué revela Maria?

³⁰ DANTE ALIGHIERI, *La Divina Commedia*, Paraíso canto 33, 1-6

³¹ A. VANHOYE, *La Mère de Fils de Dieu selon Ga 4,4*, en *Marianum* 40 (1978) pp. 244-247.

³² Cf S. DE FIORES, *Le vie della conoscenza di Maria*, p. 8.

³³ B. LEAHY, *Il principio mariano nella Chiesa*, Ed. Città nuova, Roma, 1999, p.80.

³⁴ Cf B. FORTE, *Maria, la mujer ícono del misterio: ensayo de mariología simbólico-narrativa*, Ed. Sígueme, Salamanca 1993. El teólogo, ahora obispo de Chieti, (Italia), apoyándose sobre la expresión de san Luis Maria de Montfort, hecha propia por el Papa Pablo VI: “Maria es totalmente relativa a Dios y a Cristo” (Discurso de clausura de la tercera sesión del Concilio Vaticano II°), la complementa viendo la Virgen en relación a la Trinidad, a la Iglesia, al hombre y a la historia, o sea como encrucijada de varios caminos de profundización del misterio cristiano.

José de Nazareth, vive un auténtico “despertar del yo” ante el misterio que descubre en su esposa. El Evangelio no nos dice que se “escandalizó”, actitud moralista con la que, muy apresuradamente se cierra la “*inquietante pregunta*”. El Evangelio nos habla de su “*justicia*”, como punto de partida que le impide, de hecho, una reacción violenta, cínica o desesperada. Son estas las consecuencias que vive el hombre-Prometeo ante la irrupción del misterio. Este rechaza la posibilidad que sea algo más grande que su yo a definir el significado de lo real. Es el equivalente de la usura, lujuria y poder, del que hablaba Tomas S. Eliot. La justicia de José consiste en la única riqueza que salva lo humano, la naturaleza de su corazón como pregunta, como exigencia de verdad, exigencia de justicia, exigencia de belleza. “Lo que caracteriza la verdadera pregunta es que no imagina, proyectando sobre el contenido de si su ‘pre-tensión’. Una verdadera pregunta es espera; está cargada de espera”³⁵, y esto era verdadero sobre todo por José, como ya lo había sido por Maria, en cuanto heredaban de su pueblo la gran promesa de un salvador

El yo de José se despierta porque la realidad lo atrae; vive el estupor de una presencia aunque no sabe como actuar frente al misterio. Como, por lo demás, no sabe cómo actuar Maria, puesto que ella misma pregunta : ¿Cómo podrá suceder esto, puesto que no conozco varón? (Lc 1,34). Justamente pareciera estar dispuesto a privarse de Maria, dejándole su libertad (Mt 1,19), porque en un primer momento le pareció ser este el camino pedido por la maternidad mesiánica y divina. Sin embargo su vocación consistirá en tener consigo a su esposa, sin conocerla (Mt 1,24 ss), a encontrar a Cristo por medio de Maria, a acogerlo, junto a Maria. Maria le es consignada como un lugar humano de encuentro y de conocimiento de lo divino en la historia. No una utopía sino una presencia.

Temor reverencial y estupor gozoso, son las reacciones naturales para despertar un conocimiento de Maria que no se quiera detener en la curiosidad del instante, en la superficialidad de la noticia o hasta en el desconcierto que esta paradoja puede provocar. Es necesario, como lo hacía el discípulo José, “*ir pensando en estas cosas*” (Cf Mt 1,20). Si Maria es una persona, una paradoja, un misterio: una realidad compleja, rica de significado, cargada de historia e interpretaciones, significa que ella puede provocar la “*inquietante pregunta*” y despertar un camino que lleve al reconocimiento de una Presencia.

He aquí el primer paso pastoralmente relevante para impulsar y animar la pastoral mariana de nuestros pueblos ante la particular situación cultural que vivimos, porque el dinamismo del discípulo-José ofrece verdaderamente un ejemplo con el cual podemos entendernos a nosotros mismos. La verdadera emergencia pastoral para formar discípulos es la de despertar el sentido religioso ante el asombro que el misterio de la Virgen Madre provoca en los hombres. La pastoral mariana, permitiendo el encuentro con la persona de Maria, icono del misterio, hace evidente que estamos rodeados por el Misterio y enciende el deseo de encontrar respuestas. No se puede anunciar a Maria y mucho menos encontrarla sin poner de nuevo el problema religioso a la atención del hombre contemporáneo justamente a partir de la persona y de la radical dependencia de Otro, como revela la biografía de Maria. También hoy quienquiera se encuentra con la Virgen y no esté distraído o

³⁵ Cf L. GIUSSANI, *Maria nel mistero di Cristo e della Chiesa*, en *Tracce*, año XXXIII, n. 5, p. 2.

anestesiado por esa droga liviana pero devastadora que es la cultura de masa contemporánea no puede no preguntarse acerca del significado de la realidad y el sentido de la existencia. El contenido del sentido religioso coincide con estas preguntas que se encienden y se esclarecen a lado de esa criatura integral. La Virgen es un ejemplo admirable, sin añadiduras ideológicas, del sentido religioso: *humilitas*, por una parte y, por la otra, la omnipotencia de Dios: “A Dios nada es imposible”. Es a este punto que la grandeza de la criatura se descubre no como delirante afirmación de un enano que se agiganta en la ilusión que todo lo que lo rodea, tanto en el plano material como espiritual sea obra suya, sino en la única respuesta posible: *hágase. Te pertenezco. Mi libertad es tu designio sobre mí.* Es a este punto que la Virgen se vuelve verdaderamente protagonista. Si a Dios nada es imposible, entonces estas pequeñas cosas creadas, esta nada que somos nosotros mismos, puede ser tomada para hacer grandes cosas, para ser portadores del infinito. “El Misterio cristiano es Dios que se hace visible, sensible, experimentable en cuanto une a sí y se une a una pequeña y pobre cosa humana. Así ha sido en el caso de la Virgen, y el Omnipotente se ha unido a ella de una manera que nos resulta imposible imaginarnos más grande. Es más, porque más que eso Dios no podía hacer: es como si Dios hubiese agotado su infinitud haciéndose hijo de aquella muchacha.”³⁶

El discípulo José ha despertado a su propio protagonismo ante este misterio. La peregrinación de la fe que en él se ha inaugurado, ha tenido como punto de partida el encuentro y la pregunta ante la Virgen-Madre. La reacción activa que todo esto ha producido en José se llama “Fe”. La grandeza de José su “justicia” está en su fé, en la capacidad de reconocer la gran Presencia en una realidad humana, en la vida de una joven mujer. José persevera como auténtico discípulo y criatura abierta diciendo “sí” al acontecimiento salvador que le sale al paso.

La pastoral mariana es un camino privilegiado para hacer experiencia de la gran Presencia del Misterio en la historia. Favorecer el encuentro y la pregunta por María, es la manera más humana de romper el cerco que hoy encierra cultural y sociológicamente nuestros pueblos en la dramática reducción relativista, nihilista o biotecnológica que evade la “inquietante pregunta” por lo humano. “Podría tocar a la devoción mariana – ha afirmado el entonces cardenal Ratzinger- obrar el despertar del corazón y su purificación en la fe. Si la desgracia del hombre de hoy es siempre más la de caer o en el puro *bios* o en la pura racionalidad, la devoción a María puede actuar en sentido opuesto a esta descomposición de lo humano y ayudar, a partir del corazón, a encontrar en el medio la unidad”³⁷.

La iglesia del tercer milenio, en la formación de la fe trinitaria en el difícil y exaltante tiempo de la post-modernidad, debe apostar, una vez más, por la presencia de María como don inestimable y dato permanente de la fe. La pastoral mariana debe quedarse siempre en la tensión entre racionalidad teológica y afectividad creyente de manera tal la fe ponga raíces profundas en el ser del hombre.

³⁶ L. GIUSSANI, *op. cit.*, 4

³⁷ J. RATZINGER, *María Chiesa nascente*, Ed. San Paolo, Milano 1998, p. 27.

II. 2 . NO TEMAS TOMAR CONTIGO A MARIA COMO TU ESPOSA LO QUE HAY EN ELLA ES DEL ESPIRITU: Mt 1, 20

EL DISCÍPULO Y LA ACOGIDA DE LA MADRE: Orientación pastoral de la acogida y la profecía

Una relectura del relato de la anunciación y formación del discípulo José, en que se hallan los elementos esenciales de la relación del hombre con Dios, tal como Dios lo ha establecido en Cristo y de la acogida del "misterio que hay en Maria" como parte esencial de la respuesta del discípulo, puede sin duda seguir iluminándonos.

La presencia de Maria en la vida del discípulo, como lo fue en la de José de Nazaret, no debe hacerle temer de introducirla en su vivencia, porque ella es un don que viene de Dios y es signo de su presencia en la historia, en la vida y en su mismo seno.

Frente a los antiguos y recientes titubeos acerca de la persona, de la misión y de la preclara dignidad de la Madre y Sierva del Señor, el discípulo de hoy, como en el caso de José, es antes que nada asegurado: la intangibilidad, la sacralidad de Maria no deben someterlo a un temor tan grande que lo lleve a renunciar a ella. La Iglesia, siempre más guiada por la Palabra y por el Espíritu de la verdad, comprende, ama y acoge en su propia existencia creyente, intelectual y espiritual a Maria como "don" de Dios crucificado y resucitado.

El discípulo, siempre más, se convence que la:

"Virgen es un 'bien' que pertenece a toda la Iglesia y a todas las generaciones: hacia todos los creyentes en Cristo, más aún, hacia todos los hombres, ella desarrolla su ministerio materno, y, por la pureza de su adhesión a la voluntad del Padre y al mensaje del Hijo, a todos – hombres y mujeres, obispos y presbíteros, diáconos, religiosos y laicos – se ofrece como imagen acabada del fiel discípulo de Cristo".³⁸

A la fe del discípulo-José resulta indispensable, para el cumplimiento de su vocación, la apertura de su casa a la persona de Maria. "Tomar consigo a Maria", significa para todo discípulo, acogerla con todo el misterio de su maternidad divina; acogerla junto al Hijo que llegaría al mundo por obra del Espíritu Santo, demostrando de tal modo una disponibilidad de voluntad, semejante a la de Maria, en orden a lo que Dios pide por medio de su mensajero.³⁹

La acogida de Maria en la vida del discípulo no es un accesorio de lujo, un piadoso capricho de devotos que a duras penas hay que soportar en vista que se pase a una "fe adulta". Es, por el contrario, una necesidad ineludible, pura consecuencia de la historicidad y del significado del acontecimiento de Cristo, a la que sólo añade una especial urgencia la

³⁸ 208 Capítulo General de los Siervos de Maria, "*Fate quello che vi dirá*". *Riflessioni e proposte per la promozione della pietá mariana*, n. 17, en *Marianum* 45 (1983) p. 404.

³⁹ Cf. *Redemptoris Custos*, n. 3.

humillada condición de la persona humana en la sociedad actual.⁴⁰ Quien ha encontrado a Cristo, en efecto, sabe que este encuentro es vital para el hombre, más necesario que la propia vida, porque la vida no sería nada sin él. “Necesario” no significa aquí “debido”, ni pone en cuestión la gratuidad absoluta de la redención. Tampoco significa “automático”, como en el mundo de la naturaleza no espiritual, porque aquí nos movemos en el campo del amor y de la libertad. Significa tan solo que lo que está en juego en ese encuentro es la vida o la muerte, nuestra misma consistencia como criaturas. Ya hemos dicho antes que, dado que la redención ha tenido lugar mediante la libre cooperación de la mujer, el asentimiento de María contiene en sí, de modo paradigmático, todo otro posible asentimiento humano al designio redentor de Dios. Pues bien, la posición de María ante el acontecimiento de Cristo, en la Anunciación y en toda su vida, no es la de quien opta ante dos posibilidades, cualquiera de las cuales sería igualmente válida, como si de su respuesta sólo dependiese un grado mayor o menor de virtud, de cualidad moral, de perfección. María tiene consistencia como persona porque dice “sí”, y al decir “sí” al don de Dios realiza su ser creatural, es salvada. También nosotros estamos acostumbrados a pensar que nuestro ser nos pertenece, y que luego, al asentir de la fe, optamos por un “ser más”, por algo mejor. Pero no es así. Porque lo que el hombre encuentra en él es el mismo Misterio que le ha creado esa condición. Cuando el hombre dice “no” a la gracia de Dios, no es que renuncia a algo más grande y se queda con lo que era suyo (la naturaleza, la razón, la libertad): es que se destruye a sí mismo, es que opta por su perdición.⁴¹ José acogiendo a María, hace propia sus mismas decisiones y origina una existencia completamente volcada en el abismo de Dios y diariamente comprometido con su trabajo. El discípulo que la Iglesia necesita en América Latina y en el mundo debe ser, como José: místico, profundamente comprometido con lo real y entrañablemente mariano.

Acoger a María en la propia casa de discípulo, es un acto de fe que constituye el fundamento de toda la pastoral mariana. Lo que se le pidió a José, invitándolo a tomar consigo a su esposa, es una particularísima unión a la fe de María: “la vía de la fe de José sigue la misma dirección, queda totalmente determinada por el mismo misterio del que él junto con María se había convertido en el primer depositario”⁴², hasta el punto que “con María – y también en relación a María – él participa en esta fase culminante de la autorevelación de Dios en Cristo, y participa desde el primer instante”.⁴³

Hay en esta última afirmación una consecuencia fundamental en la vida del discípulo. Si María es un espacio epifánico “lo que hay en ella es del Espíritu”, y por lo tanto un lugar humano en el que Dios se revela (fase culminante de la autorevelación de Dios), esto

⁴⁰ La conciencia de esa necesidad constitutiva que el hombre tiene de Cristo, así como la urgencia “de la hora”, traspasa de lado a lado todo el magisterio de Juan Pablo II°, ya desde la Encíclica *Redemptor Hominis*, y explica muchos de sus particulares acentos. Explica, especialmente, la llamada a una “nueva evangelización”, porque hoy no es sólo “el mundo” quien cree no tener necesidad de Cristo, es en parte la Iglesia la que se ha acostumbrado a pensar y obrar como si Cristo fuese algo “añadido” a la vida humana, como si el hombre pudiera vivir sin Él. En realidad, puede decirse que este es el rasgo más sobresaliente de todo su magisterio.

⁴¹ “Esse autem non habet creatura nisi ab alio; sibi autem relictā in se considerata nihil est: unde prius naturaliter inest sibi nihil quam esse”. Cf. Santo Tomás de Aquino, *De aeternitate mundi*, Ed Marietti, en *Opuscula philosophica*, n. 304.

⁴² *Redemptoris Custos*, n. 6.

⁴³ *Ib.*, n. 5.

quiere decir que la pastoral mariana debe ser una dimensión irrenunciable del anuncio cristiano. En la historia de Maria, pequeña mujer de Nazaret, Dios mismo se deja ver. Maria forma parte de la epifanía del misterio salvífico y, a la vez, de la exigencia de encarnar el mensaje evangélico en modelos de vida, o sea de ese “estatuto discipular” que bien puede ser resumido en las ocho actitudes identificadas por Masciarelli⁴⁴ y que constituyen un ejemplo de ética narrada. En realidad Dios “ha dado a conocer el misterio de su voluntad también en la vida de Maria y que, por eso, es un “gesto” Suyo, revelativo y salvífico”.⁴⁵

Cuando el discípulo la acoge en su casa, se abre un espacio de experiencia de Dios y de respuesta que, por el espléndido resultado alcanzado en la Virgen, fija las condiciones de su adhesión personal. Está llamado a reproducir los rasgos de la psicología religiosa de la Virgen de Nazaret como condición útil y necesaria en todos los sujetos de la comunidad eclesial, porque de la fidelidad discipular dependen la credibilidad de la identidad cristiana y la eficacia de la misión.

Desde ahora en adelante un verdadero discípulo de Jesús no podrá dar su respuesta de fe ni podrá actuar sin acoger a Maria en su propia vida, con todo lo que ella significa y representa en la economía de la historia de la salvación. Junto a la madre el discípulo establece una comunión de vida en la que ella le enseñará a quedar fiel al Esposo, en una alianza eterna de amor.⁴⁶

Se comprende así otra dimensión, aparentemente casi marginal con respecto a las orientaciones pastorales que la pastoral mariana debe impulsar en nuestros pueblos para la formación de auténticos discípulos, pero fundamental para la vida de los hombres y la misión de la Iglesia. La virginidad de Maria y la del discípulo–José, nacen de su vinculación con la humanidad de Cristo. Tanto en María como en el discípulo–José, esta

⁴⁴ - La fé (Jn 14,1), que en Maria llegó a definir su identidad, así que pudo ser llamada “la creyente” (Lc 1,45);
 - la abnegación (Lc 14, 26-27), porque ella se hizo don a los demás (Lc 1,39-45) y vivió atenta a las necesidades del prójimo (Jn 2, 1-5);
 - la acogida de la palabra, que fue actitud característica en ella (Lc 1, 38), alimentada en el amor y en la observancia de la Ley (Lc 2,22-24);
 - el servicio recíproco (Mc 10, 42-45, característico de los amigos de Jesús (Jn 13, 14-15);
 - el servicio a la causa del Reino, por el cual Maria se ofreció “totalmente como sierva del Señor a la persona y a la obra de su Hijo” (Lumen Gentium, 46);
 - el compartir el destino del Maestro (Jn 15,20), puesto que ella estuvo indisolublemente unida al Hijo en el amor, en el dolor (Lc 2, 34-35), en la humillación y en la gloria;
 - la experiencia de la cruz (Lc 14,27), que en Maria alcanzó su cota máxima cuando, llena de fe, estuvo junto a la cruz del Hijo, acogiendo las palabras del salvador moribundo (Jn 19, 25-27);
 - la vigilancia activa y orante (Mc 13, 33-37), que en Maria fue espera de la venida del espíritu (Hechos 1,14) y ardiente deseo de la última venida del Señor (Ap 22,17).

Cfr. M.G. MASCIARELLI, *La Discepola*, Librería Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2001, 20.

⁴⁵ Id., 23.

⁴⁶ Este mismo tema puede ser leído a la luz de Jn 19, 29 : “ *Y, desde aquella hora, el discípulo la recibió en su casa*”. La expresión *eis ta idia*, posee, sin excluir completamente la idea de recibir a Maria en un alojamiento físico, un significado más profundo: la de una acogida en la intimidad del corazón. Cf *Redemptoris Mater*, nota 47. Para profundizar este tema Cf I. DE LA POTTERIE, *Il discepolo che Gesù amava*, en L. Padovese (editor), *Atti del I° Simposio di Efeso su San Giovanni Apostolo, II*, Istituto Franciscano di Spiritualità, Pontificio Ateneo Antoniano, Roma 1991, 33-54. Por el mismo autor Cf *Et à partir de cette heure, le Disciple l'accueillit dans son intimité* (Jn 19,27b), en *Marianum* 42 (1980) 84-125.

participación en la humanidad de Cristo, cuyo sello corporal es la virginidad, tiene como objeto la realización de la humanidad nueva y verdadera, es decir, de la humanidad plena y totalmente abierta a Dios en la fe, la esperanza y la caridad. (anti Prometeo)

Lo que esta virginidad constitutiva de la Iglesia significa para la vida de los discípulos, célibes o casados, no es en absoluto accidental. Sería necesario recordar aquí que también el matrimonio, en toda su hondura humana, sólo se esclarece a la luz del misterio de la relación de Cristo con la Iglesia (Ef 5,21-33). En cuanto a la virginidad del célibe, expresa, del modo más radical y totalizante posible, una relación con Cristo que es característica de todo bautizado: que Cristo es el centro único de toda la existencia, que el cristiano, es decir el discípulo verdadero⁴⁷, “no vive para sí mismo, sino para Aquél que por él murió y resucitó”.⁴⁸

Se comprende que la virginidad así entendida, en su núcleo más profundo, no es algo de lo que la Iglesia pueda dispensarse nunca, porque está impresa en el corazón mismo del acontecimiento cristiano, testimonia el carácter “definitivo” y “total” del acontecimiento cristiano. Y menos hoy. El testimonio de esta virginidad, con su sello en la carne, en los célibes y en las familias cristianas, ha de estar en la entraña misma de la pastoral mariana de la nueva evangelización. Es como su contenido mismo y su condición. Porque los cristianos sólo podemos testimoniar a Cristo testimoniando que nuestra vida, sea cual sea el estado al que Dios nos ha llamado, pertenece por entero a Él, en fidelidad perpetua. “La vía de la fe de José sigue la misma dirección, queda totalmente determinada por el mismo misterio del que él junto con María se había convertido en el primer depositario”.⁴⁹ Hemos de pedir insistentemente a la Virgen santa, que nos ayude a comprender más y más toda la riqueza que se encierra aquí. La fecundidad misma de la Iglesia en el mundo, su “maternidad”, está vinculada a este testimonio de total pertenencia al Esposo que es su vida, a Cristo. Es decir, al testimonio de su virginidad.

José se consagra a la persona y a la obra de Cristo consagrándose esponsalmente a María. “Mediante el sacrificio total de sí mismo José expresa su generoso amor hacia la Madre de Dios, haciéndole ‘don esponsal de sí’”.⁵⁰ En este sentido creo que deberíamos fomentar y difundir la antigua y fecunda práctica de la consagración a Cristo por medio de María que la historia de la espiritualidad revela como extraordinaria “atmósfera propia del discípulo” o, para usar las palabras de San Luis María de Montfort, “el ambiente misterioso necesario a su vida” (Cf *Tratado de la verdadera devoción*, 265). Valorizando la ontología del Bautismo, la consagración a María está orientada a recoger los frutos de la gracia bautismal de manera más copiosa. Mientras el Bautismo queda la única consagración fundamental, la donación a María la actualiza haciéndola más explícita y fecunda. Dicho en otras palabras: no se puede ser discípulos de Jesús sin acoger a su Madre. Si en el acto último con el cual el Hijo se *consagra* al Padre, Jesús entrega el discípulo a su Madre, este discípulo, a su vez, asegura su propia cualidad de discípulo, entra plenamente en la *consagración* del Hijo solo tomando a María “*en su casa*”, sólo confiándose totalmente a ella. Todo esto, antes que en el Calvario, ya había tenido un “ambiente misterioso” en el camino de fe de José de

⁴⁷ Cf A. SICARI, *Matrimonio e Verginità nella rivelazione. L'uomo di fronte alla "gelosia di Dio"*, Milano, 1978, p. 135. Para todo este tema, Cf también pp. 109-131.

⁴⁸ *Misal Romano, Plegaria Eucarística IV.*

⁴⁹ *Redemptoris Custos*, n. 6.

⁵⁰ *Ib.*, n. 20.

Nazaret. Es así que se debería entender aquello que dice con extrema exactitud, aunque por medio de un lenguaje teológico y no bíblico, el autor espiritual citado anteriormente, San Luis María de Montfort: “la consecuencia es que nos consagramos al mismo tiempo a la Virgen Santísima y a Jesucristo; a la Virgen Santísima como al medio perfecto que Jesús ha elegido para unirse a nosotros y unir a nosotros con él; y a Nuestro Señor como a nuestro fin último, a quien nosotros debemos todo lo que somos en cuanto es nuestro Redentor y nuestro Dios” (*Tratado de la verdadera devoción*, 125). Contemporáneamente, con un mismo *movimiento*.

Presentar y subrayar la consagración bautismal por medio de la consagración a María posee un valor terapéutico para el hombre de hoy cuyo sentido religioso se encuentra a menudo atrofiado. Nos confiamos y consagramos a María – como precisaba Juan Pablo II^o - para confiarnos y consagrarnos más perfectamente a Jesús, o sea para entrar, según una disposición “maternal” de Dios, más profundamente en la consagración misma de Jesús al Padre. No se trata, por lo tanto, de un gesto extravagante y fuera del camino cristiano, sino como una de las formas más evangélicas de “formar discípulos y misioneros suyos, cuya vocación es configurarse con Él, construir la comunión y evangelizar”.

II. 3. JOSÉ HIZO COMO EL ÁNGEL DEL SEÑOR LE HABÍA MANDADO Y TOMÓ A MARÍA POR ESPOSA. Mt 1,24

EL DISCÍPULO, COMO MARÍA, “MINISTRO DE LA SALVACIÓN” Orientación del servicio y de la misión

“Este primer ‘hizo’ es el comienzo del camino de José”.⁵¹ El comienzo misionero de la vocación de José, posee un claro matiz y contenido mariano que, sin embargo nunca oscurece y disminuye el auténtico fin del originario servicio al que ha sido llamado, por el contrario lo exalta: “José ha sido llamado por Dios para servir directamente a la persona y a la misión de Jesús, mediante el ejercicio de su paternidad; de este modo el coopera en la plenitud de los tiempos en el gran misterio de la redención y es verdaderamente ministro de la salvación”.⁵²

El singular magisterio de José, en cuanto ahora discípulo – misionero, consiste sobre todo en como él ha servido a la “economía de la salvación”, en cómo ha servido a la misión salvífica de Cristo, tarea que en la iglesia compete a todos y cada uno de los discípulos. El Concilio Vaticano II ha sensibilizado de nuevo a todos hacia “las grandes cosas de Dios”, y hacia la “economía de salvación” de la que José fue ministro particular. El sirve “la obra de Otro”, con María y a ejemplo de María.

⁵¹ *Ib.*, n.17

⁵² *Ib.*, n. 8. La definición de José como “*ministro de la salvación*” pertenece a San Juan Crisóstomo, *In Matth. Hom.V, 3*; PG 57, 57-58.

¿No revela acaso el hacer de José una dimensión del discípulo que deba ser meditada en orden a la misión y a la permanente tarea evangelizadora de la comunidad de los discípulos de Cristo?

Cuando José decide de acogerla en su casa es razonable pensar que haya sido Maria quien lo ayudó a entender que ambos estaban involucrados en un misterioso proyecto de amor de Dios y que debían ofrecer todo lo que eran y poseían para su realización. En la experiencia de Maria él encontró todo el recorrido que personalmente estaba llamado a realizar en la fe. La peregrinación de la fe de José se encuentra con la fe de Maria, se acuerda perfectamente con ella en una consagración de su libertad determinada por el acontecimiento experimentado. El “no temas” dirigido inicialmente a Maria empezaba así a extenderse a todos aquellos que quisieran seguir la “via mariana” de la entrega para alcanzar la finalidad del servicio.

Pero, nos seguimos preguntando, ¿cuáles son las características de la via mariana que José, como “ministro de la economía de salvación” y discípulo que pone su vida a servicio del acontecimiento experimentado, manifiesta? ¿Qué estilo misionero identifica su servicio? ¿Cuál es su desarrollo?

El punto que voy a tocar ahora me parece especialmente significativo para orientar una pastoral “mariaforme” que ilumine la misión de la Iglesia en la hora presente y que siga las huellas de José, discípulo y ministro de salvación.

En honor a la verdad José no respondió al “anuncio” del Ángel como Maria; pero hizo como le había ordenado el Ángel del Señor y tomó consigo a su esposa. Lo que hizo es “genuina obediencia de la fe”. (cf Rom 1,5; 16,26; 2 Cor 10,5-6). “Se puede decir que lo que hizo José le unió en modo particularísimo a la fe de Maria. Aceptó como verdad proveniente de Dios lo que ella había aceptado en la anunciación”.⁵³ Lo primero que llama la atención en las dos respuestas, primero la de Maria y después la de José, es que no son el resultado de un cálculo. Nadie estaba, en el sentido humano de la expresión, “preparado para ello”. El don se ofrece a la libertad del hombre, y lo sorprende. Como sorprende el encuentro de una amistad o de un amor humano verdadero, pero infinitamente más. Como sorprendió Jesús a Zaqueo, al joven rico o a la mujer samaritana. O a sus discípulos, o a tantos otros. La gracia es gracia por eso, porque no hace cálculo humano. El cálculo, la medida, llevan en sí la negación de la gracia. Y el cristianismo es, ante todo, gracia.

El segundo rasgo del relato está íntimamente ligado a éste: es la primacía absoluta de la acción de Dios, de la libertad de Dios. Es la libertad infinita de Dios la que se ofrece al hombre, solicitando a la libertad humana para que se produzca el encuentro salvador. El papel de la criatura es siempre “femenino”⁵⁴, la entrega tiene siempre la forma de una

⁵³ *Redemptoris Custos*, n. 4

⁵⁴ No hay en esta observación la más mínima resonancia peyorativa, sino todo lo contrario. Porque “no se puede lograr una auténtica hermenéutica del hombre, es decir, de lo que es “humano”, sin una adecuada referencia a lo que es ‘femenino’ (...) De modo analógico, en la economía salvífica de Dios, si queremos comprenderla plenamente en relación con toda la historia del hombre, no podemos dejar de lado, desde la

acogida, la libertad se pone en juego y se halla a sí misma en la obediencia. Dicho de otro modo, tiene la forma del *fiat* de Maria. Sin esa libertad que se entrega, confiada, al misterioso designio de Dios, que se da en la “obediencia de la fe” (Rom 1,5), no hay encuentro, no hay salvación para el hombre.

El “hizo” de José, como debería ser el de todo discípulo que se dispone a la misión, está plasmado sobre el modelo de “hágase” de Maria.

Si bien los Evangelios hablan exclusivamente de lo que José “hizo”, y lo resumen en una forma estereotipada que se repite cuatro veces en el Evangelio de Mateo: “tomo al niño y a su madre”⁵⁵, permiten descubrir en sus acciones - ocultas por el silencio - un clima de profunda contemplación y de silenciosa acción. El Espíritu no conduce a la pasividad, todo lo contrario. El espíritu es vida y fuente de vida, y nada pone tanto en juego la libertad y las energías humanas - hasta el don supremo de la vida - como el don del Espíritu. La acción misionera del discípulo debe modelarse sobre la actitud de Maria. Nadie ha contribuido más que ella a la Redención, nadie ha sido más “evangelizadora”. Toda su vida está al servicio de su Hijo, toda Ella es para Él. Y, sin embargo, ella “guardaba en su corazón” (Lc 2,19.51) todas las maravillas de que era testigo. Ella supo acompañar a Cristo tan discretamente que apenas si notamos su presencia a su lado. Todo el misterio de la Redención, desde la Encarnación hasta la Cruz y hasta Pentecostés, parece llevar consigo esta paradoja: que, siendo lo más importante y cargado de consecuencias para el mundo, sucede al margen de las “grandezas” humanas, en el fondo mismo de las personas, en el espacio profundo de la libertad. Vale la pena entonces citar una vez más las palabras de la *Redemptoris Custos* que van al corazón de la misión de José y descubren el misterio de la libertad que entrega la propia carne y la propia sangre para la gloria de Cristo en este mundo. “El sacrificio total, que José hizo de toda su existencia a las exigencias de la venida del Mesías a su propia casa, encuentra una razón adecuada en su insondable vida interior, de la que le llegan mandatos y consuelos singularísimos, y de donde surge para él la lógica y la fuerza - propia de las almas sencillas y limpias - para las grandes decisiones, como la de poner enseguida, a disposición de los designios divinos su libertad, su legítima vocación humana, su fidelidad conyugal, aceptando de la familia su condición propia, su responsabilidad y peso, y renunciando, por un amor virginal incomparable, al natural amor conyugal que la constituye y alimenta”.⁵⁶

Cuando comparamos estos rasgos del acontecimiento redentor con las preocupaciones que dominan en una parte de nuestra acción pastoral, se percibe con facilidad el contraste. Quizás se trata, simplemente, de que estos rasgos se dan por supuestos, pero no deberíamos olvidar que aquello de lo que no se habla termina por no estar presente en la conciencia. Y si aquello de lo que no se habla es precisamente lo esencial, la conciencia acaba desorientada⁵⁷. Pero quizás se trate de algo más profundo. En la medida en que nuestros

óptica de nuestra fe, el misterio de la ‘mujer’: virgen-madre-esposa”. Cf JUAN PABLO IIº, Carta apostólica *Mulieris dignitatem*, n. 22.

⁵⁵ Mt 2,13. 14. 20. 21. Cfr M.L. RIGATO, *Giuseppe, sposo di Maria, in Mt 1-2, in Il bambino e sua madre: Theotókos IV* (1996/1) 189-218.

⁵⁶ *Redemptoris Custos*, n.25

⁵⁷ Por ejemplo, si un matrimonio da de tal manera por descontado su amor que no habla de él, sino sólo de las urgencias y tareas de la vida de cada día, ese amor muere pronto. Sería instructivo examinar a esta luz la

esfuerzos sugieren que la misión es obra nuestra, que nosotros decidimos lo que se ha de hacer, los plazos en los que se ha de hacer y los resultados que se ha de obtener, en esa misma medida asumimos inconscientemente en el seno de la Iglesia ese mismo principio de la “autosuficiencia” que está en el origen del ateísmo moderno. Y afirmamos con nuestros hechos, quizás también sin darnos cuenta, que la Iglesia es sólo una obra humana, provocando así que la juzguen como obra humana quienes nos ven actuar, con lo que dificultamos su adhesión a la fe.

Podemos ver un indicio de que esto es así en el activismo. El activismo es un rasgo característico del hombre contemporáneo. Derramado en mil actividades, sin hilo conductor ni unidad profunda entre ellas, el activismo es expresión, y a la vez causa, del vacío de sentido en que vive el hombre hoy. La multiplicación de actividades, de escenarios, de relaciones, de obras – la inmensa mayoría efímeras- da una apariencia de vida y de fecundidad. Y, sin embargo, lo que el activismo encubre es la esterilidad y la falta de un verdadero sujeto, un auténtico discípulo, dotado de consistencia y sentido, libre y en posesión de sí. El activismo lleva el sello de lo deterioro de lo humano que he señalado al inicio de estas reflexiones.

“En nuestra manera de pensar, escribía el cardenal Ratzinger, queda válido sólo el principio masculino: hacer, producir, planificar el mundo y, si fuera posible, fabricarlo de nuevo por sí mismo, sin pedirle nada a nadie, haciendo recurso exclusivamente a nuestras fuerzas. No es una casualidad, creo, que con nuestra mentalidad masculina hayamos separado a Cristo de la Madre, sin darnos cuenta que María, como su madre, podría significar algo para la teología y para la fe. Toda nuestra modalidad de relacionarnos con la Iglesia parte de una manera equivocada de pensar. La consideramos casi como un producto técnico que queremos programar con perspicacia y realizar con un enorme dispendio de energías. Nos asombramos si después sucede lo que anota san Luis M. Grignon de Montfort a margen de una afirmación del profeta Hageo: “Ustedes siembran mucho, pero cosechan poco” (1,6) [...] Por esto la Iglesia necesita del misterio mariano, más aún, ella misma es Misterio de María. Habrá fecundidad en la Iglesia sólo si se somete a este signo, sólo si llega a ser tierra santa por la palabra. Debemos aceptar el símbolo del terreno fértil, debemos nuevamente volvernos hombres y mujeres que esperan, interiormente recogidos, personas que en la profundidad de la oración, del anhelo y de la fe hacen espacio para el crecimiento”⁵⁸. ¿No es caso esto lo que hizo el discípulo José?

Así se expresaba Juan Pablo II en una catequesis sobre los signos de esperanza presentes en la Iglesia:

“La Iglesia no es un aparataje; no es sencillamente una institución... Ella es Mujer. Es Madre. Es viviente. La comprensión mariana de la Iglesia es el más fuerte y decidido contraste con el concepto de iglesia puramente organizativo o burocrático. Nosotros no podemos hacer la Iglesia, debemos ser la Iglesia...Y sólo siendo marianos que llegamos a ser Iglesia. En los orígenes, la Iglesia...nació cuando el “fiat” emergió en el alma de María.

proporción entre las energías que nosotros empleamos en tareas organizativas, “exteriores” y las que dedicamos a incrementar en nosotros y en los demás la vida que hemos recibido de Jesucristo.

⁵⁸ J. RATZINGER, *María Chiesa nascente*, Edizioni San Paolo, Milano, 1998, p. 8.

Este es el deseo más profundo del Concilio: que la Iglesia se despierte en nuestras almas. Maria nos indica el camino”.⁵⁹

La iglesia despertó en el corazón del discípulo José porque Maria le mostró el camino. Él supo concretizar su propio “*Fiat*”, tomando siempre al “Niño y a su Madre”. Hay un evidente significado práctico en la misión de José, en cuanto, y aquí el juicio de Juan Pablo IIº se hace verdaderamente e solemne y paradigmático para la Iglesia, esta misión “contiene uno de los testimonios más importantes acerca del hombre y de su vocación”.⁶⁰

Otro indicio peligroso podría verse en las dificultades que hay para compaginar las exigencias de una planificación rigurosa con una verdadera libertad. Esas dificultades son mayores cuanto más asume la planificación la forma y el estilo de un proyecto de ventas, es decir, de la publicidad. En la raíz de mucha publicidad, tal y como hoy se practica, y, en parte, también en la vida económica de la cultura actual, está la sicología conductista, que ignora el misterio de la persona, que trata al otro como una colección de instintos que funcionan automáticamente, mediante el estímulo y la respuesta⁶¹. La publicidad tiende a ignorar la libertad, se dirige al instinto. Su mecánica es la de la seducción o el temor. Por eso, con frecuencia, la reacción de las personas ante la publicidad es una reacción de desconfianza o de defensa, como alguien que se siente agredido. Hay, por tanto una inadecuación constitutiva entre los métodos y los procedimientos de la planificación empresarial, y la dinámica espiritual que da lugar a la fe, inadecuación que el ambiente en el que vivimos hace percibir. El más perfecto de los planes, realizado con las técnicas más depuradas, no es capaz de generar por sí mismo una actitud o un gesto genuinamente moral. Tampoco puede garantizar, por sí mismo, ni el acontecer de la gracia ni la respuesta del hombre.

Con esto no quiero decir en absoluto que la Iglesia no haya de ser consciente de los problemas y los retos que la realidad pone ante sus ojos, y que no deba aplicar su inteligencia a darles la respuesta que, con la luz que Dios nos da, parezca más adecuada. El problema no está en el hecho de hacer planes, sino en el modo de hacerlos⁶². En la posición ante la realidad que refleja inevitablemente todo lo que hacemos, y que llamamos “cultura”. Cuando esa posición ante la realidad es la del hombre-Prometeo, también entonces las obras que hacemos llevan su sello. El discípulo-Prometeo se pone en lugar de Dios. Siente que la Iglesia es suya. El tiene que hacerlo todo, medirlo todo, controlarlo todo. Y esa posición ante la vida, que está en los antípodas de la posición que Maria refleja en la Encarnación y que José sigue con el sacrificio de su libertad, hace estériles las obra que realiza, y le destruye a él.

El discípulo José nos enseña que la misionariedad y el servicio de la Iglesia se transforman en fecundidad cuando la vida se hace donación, cuando se consagra la propia existencia a

⁵⁹ JUAN PABLO II, *Catequesis* del 25 noviembre de 1998.

⁶⁰ *Redemptoris Custos*, 17.

⁶¹ Cf a este propósito, TH. ROSZAK, en *Introducción* a E.F. SCHUMACHER, *Small is Beautiful. Economics as if People Mattered*, New York, 1973, pp. 8s.

⁶² Un trabajo, rico en sugerencias, sobre la modalidad de una planificación pastoral que tenga en cuenta las exigencias de la antropología cristiana y de la eclesiología, es de A. Busetto, “*Appunti per un piano pastorale*”, en *I laici e la Missione della Chiesa* (ISTRA), Milano, 1987, pp. 187-199.

custodiar “el Niño y su Madre”, en un claro fundamento religioso y escatológico de la salvación que, sin embargo, origina una figura de gran significado antropológico. De la comunión plena con el Hijo y con la Madre necesariamente brota un sujeto nuevo que hace historia, reconquista dignidad humana frente al poder arrogante de quien atenta a la vida del niño y de su madre, porque presenta el rostro del hombre nuevo redimido por Cristo.

Contra el Niño y su Madre, como también contra la Iglesia y contra la humanidad sufriente, como se descubre también de la lectura del texto dramático de Apocalipsis 12, está permanente la amenaza del dragón, de esas fuerzas que pertenecen a las bestias. Estas viven del asesinato de la vida de los demás, los demás son su alimentación. Sin embargo el dragón no pudo devorar el hijo de la Mujer como hubiese querido. La derrota sobre las bestias y sus obras, la obtienen aquello que custodian al Niño y a su Madre, los discípulos que vencen al dragón *por medio de la sangre del Cordero y el testimonio que dieron*. (Ap 12,11). La victoria del Cordero se expande y se hace concreta en la vida de los fieles. “Los hombres y las mujeres de este mundo – escribe Xavier Pikaza - generalmente se han unido por el interés o por la fuerza: bajo el dominio del poder (1ª bestia), manipulados por la mentira (2ª bestia), dominados por la ganancia (prostituta). En oposición a todo esto el signo de la Madre-Mujer-Esposa puede y debe reunir a todos los hombres y mujeres en comunión personal de amor, en gozosa creatividad”⁶³. El discípulo José es figura de esos sacrificados de la historia, la comunidad de los discípulos, que pueden unirse en torno al Niño y a su Madre y crear un reino que se opone a lo de las bestias. Este es el signo del reino de la Madre de Jesús.

CONCLUSIÓN

Quisiera terminar proponiéndoles una oración compuesta por el Padre Grandmaison, que considero represente el corazón de José así como lo moldeó y educó junto a María y de lo que cada uno de los discípulos de Cristo debería pedir cada día como consecuencia de su encuentro personal con Cristo y de su capacidad de hacer historia:

*Santa María, Madre de Dios,
consérvame un corazón de niño,
puro y limpio como agua de manantial.*

*Dame un corazón sencillo,
que no se detenga a saborear sus tristezas;
un corazón magnánimo y entregado,
dispuesto a la compasión,
un corazón fiel y generoso,
que no olvide ningún bien y no guarde rencor de ningún mal.*

Moldea mi corazón para que sea dulce y humilde,

⁶³ X. PIKAZA, *María nella società e nella storia. Lettura di Apocalisse 12, 1-6*, en AA.VV., *María e l'impegno sociale dei cristiani*, Ed. AMI, Roma 2003, p. 96.

*capaz de amar sin exigir ser amado,
contento de desaparecer en otros corazones,
sacrificándose ante tu divino Hijo;*

*Un corazón grande e indomable,
que no pueda endurecerlo ninguna ingratitud,
ni ninguna ingratitud lo pueda agotar;
un corazón atormentado por la gloria de Cristo,
herido por su amor,
con una llaga que sólo se cicatrice en el cielo.*

De esta espiritualidad discipular de la que Maria es maestra, tiene urgente necesidad no sólo la Iglesia en América Latina y el Caribe, sino en el mundo entero.